

66. Sus queridos estudiantes

Repetidas veces hemos tenido la ocasión de destacar las grandes premuras de Gaspar por sus misioneros. El Merlini nos dice: *"Las premuras que tuvo por sus compañeros de Congregación no es fácil de decir. Conferencias en, conversaciones privadas, consejos, advertimientos; la dirección coloquial o por correspondencia eran sus principales ocupaciones. Así obrando era tan industriosa su caridad, que trataba por todos los medios hacer penetrar en el corazón, usando también píldoras amargas, según la necesidad, para que más fácilmente fueran digeridas y con la destreza los llevaba a realizar por virtud, lo que no se hacía por inteligencia. Él era el primero en dar el ejemplo"*.

Sin embargo, la niña de sus ojos fueron sus queridos estudiantes. Mientras más la congregación iba agarrando vigor, Gaspar sentía la urgente necesidad de nuevos sujetos, debido a que las solicitudes de apertura de nuevas Casas eran muchas e insistentes de todas partes. Quien gobierna una institución bien sabe que, para garantizar la estabilidad de la obra también para el porvenir, debe injertar la sabia vital de la juventud.

Antes de emprender tal realización, oró mucho y pidió consejo a cualquier considerara pudiese iluminarlo y ayudarlo, hasta que el mismo León XII elogió su idea y lo alentó. Cuando le pareció que los tiempos estaban ya maduros y esa era la voluntad de Dios, se retiró en el convento de los Pasionistas de Monte Cavo, situada en Rocca di Papa, cerca de Albano, donde entre oraciones, ayunos, penitencias y disciplinas, escribió la *Regla de los Convictos*.

"En tal soledad sublime" - escribe el biógrafo Giuseppe De Libero - *"Desde donde el ojo escudriña horizontes interminables y la contemplación de la naturaleza y del encantador paisaje rinde más fácil al alma el coloquio con Dios, trazó con mano maestra un conjunto de normas detalladas y precisas que tienen la impronta inconfundible de la genialidad"*.

No le gustaban grandes grupos, sino que formaba núcleos pequeños, de esta forma los jóvenes podían ser mejor acompañados, instruidos y formados. ¿Dónde, si no en San Felice cuna del Instituto, podría nacer también el primer Convicto? Allí, de hecho,

recibió con amor a los primeros jóvenes en el 1824. *"En este tiempo, él está por entero ocupado al Convicto de los jóvenes en San Felice, donde son 25 los de Comunidad. Allí imparte clases y ama comunicar lo que él ha aprendido. En esta ocasión pone en ejecución las Reglas por él compiladas. Edifica en San Felice a los convictores ayudándoles a preparar las mesas para el Refectorio, lavar los platos y las lozas, hacer las camas, poner en orden las habitaciones y mantener la limpieza de la casa. Los educa en la caridad del asistencia a los enfermos, a dar una mano a los más débiles, y por sobre todo en el celo al orden del Templo del Señor". "Les imparte lecciones de Lógica y Teología, dictando la Regla, de la cual recomienda la observancia más exacta, incluso en las más pequeñas prescripciones, satisfecho con su conducta".*

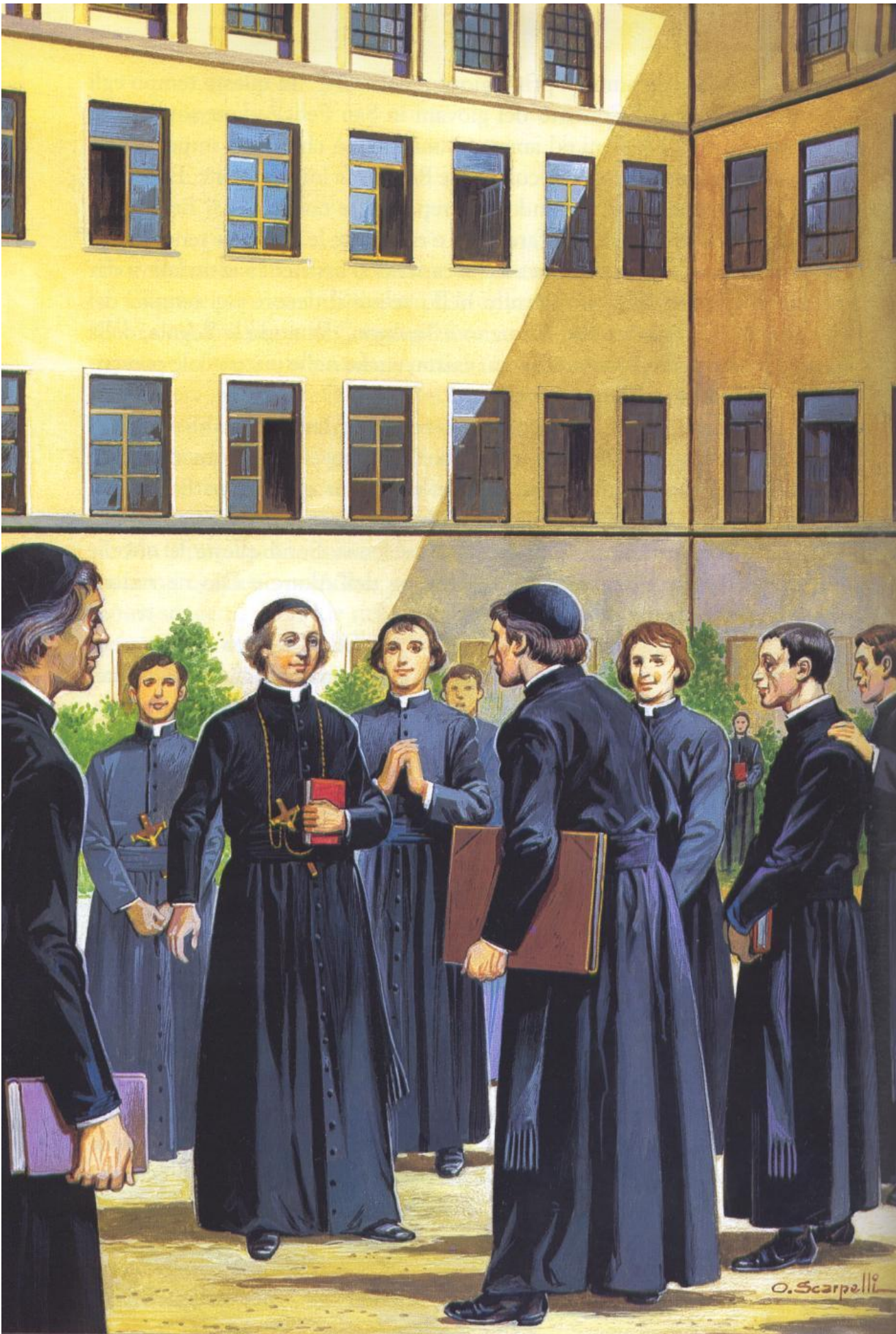
Así es como escribe en repetidas cartas al Cardenal Cristaldi: "Estos jóvenes son mi delicia y siguen muy bien, porque realmente edifican". *"Es inexpresable mi alegría en ver aquí en San Felice una Comunidad tan llena de tantos jóvenes, que se preparan para las expectativas de Iglesia y maduran en la piedad y en la ciencia. ¡Son estos los nuevos retoños de olivo que rodean la Mesa del Altar, por las que Dios es glorificado!"*

Ese mismo año realiza la apertura del segundo Convicto en Sermoneta, al que luego siguen los de Sonnino, Terracina, Albano, Benevento, Rimini, Cesena. De los jóvenes está cada vez más satisfecho, mejor dicho entusiasta. Escuchémoslo: *"El convicto de Sonnino presenta una gran cantidad de jóvenes verdaderamente de gran expectativa". "Aquí en Rimini forma el decoro del Instituto el tener cinco jóvenes, que son ¡Cinco Ángeles!"*

Al bien reflexionar se necesitó solo del coraje del Santo para abrir tantos Convictos en tiempos de extrema pobreza y en aquellos pueblos, y donde los bandidos secuestraban enteros seminarios para obtener a cambio abundantes rescates antes de devolverlos a las familias.

¿Cuál fue su criterio educativo?

Si está convencido que solo la Gracia de Dios fecunda la acción del Apóstol, haciéndolo capaz de obras grandes, de igual manera está persuadido que uno no se puede volver un bravo y buen misionero, sin unir en una sólida piedad, una profunda doctrina: *"No se puede ser buenos predicadores, y mucho menos buenos misioneros, sin piedad, ciencia y doctrina".*



Por lo tanto trató de formar sus jóvenes como él había sido educado y formado, dedicándose en persona a la enseñanza de Filosofía, Teología y Sagrada Elocuencia. Cuando se veía imposibilitado, se hacía sustituir por Misioneros más capaces y experimentados. En la Regla llega a prescribir que los estudiantes se *"hagan un cuadernillo para escribir"* - como él lo había hecho en su tiempo - *"apuntes y esquemas y que se ejerciten los jóvenes en recitar por turnos sermones en la capilla todos los sábados, narrando un ejemplo de la Virgen María"*.

El Siervo de Dios, entre muchos compromisos de apostolado y de gobierno, sabía cómo hacerse el tiempo para visitar muy a menudo los varios Convictos y compartir con los jóvenes. Para crear entre los Estudiantes de todos los Convictos un espíritu de fraternidad y sana competición, promovía encuentros ahora en un Convicto, ahora en otro, y organizaba en la Solemnidad de la Inmaculada una "Academia" en Albano a la que, con el Cardenal Suburbicario de la ciudad, presenciaban obispos, autoridades civiles y religiosas, eminentes personalidades de la cultura y el seminario. Esta celebración se había vuelto tan famosa que llegaban desde los vecinos Castelli Romani, e incluso desde Roma.

Entremedios de cantos y recitaciones, se leían premiadas las mejores composiciones de filosofía, teología y literatura, y premiados los jóvenes que durante el año se habían distinguido en el estudio y en la conducta. No faltaba representación teatral final. Imagínense la escena: Gaspar exultante de alegría, se sentía joven entre los jóvenes y se destacaba como un óptimo director de teatro.

Cuanto él amase los Estudiantes nos lo demuestra el siguiente episodio, acontecido en el Convicto de Albano, donde entre otros Estudiantes, estaba también Agostino Campodonico. Era éste un joven predilecto del Santo por su inteligencia, la grande voluntad en el estudio, por la sincera piedad y pureza. Había pasado recién un año desde su ingreso al Convicto, cuando decidió abandonarlo. Les dejamos a ustedes imaginarse cuanto descontento provocó a Gaspar tal decisión e incluso podemos imaginar "cuantos intentos puestos en marcha para disuadirlo".

Oró, ayunó y se disciplinó, pero a veces también las oraciones de los santos no obtienen el resultado deseado.

Lo mantenía en largas conversaciones en su habitación, se lo llevaba con él a cumplir alguna obra de caridad por la ciudad. Lo llevaba también a dar un paseo y le hablaba de la belleza del apostolado misionero, contándole episodios del bandidaje y conmovedoras conversiones, y la vida aburrida y peligrosa del mundo. Fue como hablarle a una piedra, y tantas premuras parecían obtener solo el efecto contrario.

El Señor rasgó en los ojos del Santo también el velo del futuro de Agostino y lo reveló al joven en la presencia del padre.

- *¡Usted se equivoca en su elección y tendrá que llevar una vida angustiada!*

- Le dijo con tono convencido.

Agostino, después de todo, llevó a cabo su plan. “Mal tuvo a cambio, porque la predicción se cumplió a cabalidad”. “Terminó muy mal y Gaspar trató de mantenerse en contacto para ayudarlo. Hablaba de él a veces con sus compañeros permanecidos en el Convicto y *“le temblaban sus labios por la conmoción y sus ojos se humedecían”*.